

EL *QUADRIIUM* DEL LINGÜISTA FORENSE

Xaverio BALLESTER
Universidad de Valencia

La reconstrucción de lenguas y prelenguas debería contar como un ámbito autónomo en el seno de la Lingüística moderna. La reconstrucción lingüística tiene mayores posibilidades de lograr sus objetivos partiendo del pormenorizado análisis de los cuatro principales posibles datos a nuestra disposición: la documentación epigráfica, las glosas, las pervivencias lingüísticas y el material ofrecido por la Tipología lingüística.


Palabras Clave: Lingüística, Reconstrucción lingüística, Metodología.

A Quadriium for Forensic Linguistics

The reconstruction of languages and proto-languages should be considered an autonomous field in modern Linguistics. The attempt to reconstruct a language is more likely to succeed if we carefully analyze the four main kinds of data that are most useful for this important linguistic challenge: the epigraphic background, the glosses, the linguistic survivals and all the material which linguistic Typology can provide.

Key Words: Linguistics, Linguistic Reconstruction, Methodology.

Historia y Prehistoria, Lingüística y...

 la hora de distinguir entre historia y lo que en nuestra lengua, con mejor o peor acierto, denominamos *prehistoria*, los manuales al uso suelen tradicionalmente señalar la presencia de la escritura como el criterio demarcativo fundamental: allí donde tenemos escritura, tenemos historia; allí donde no tenemos escritura, tenemos prehistoria. La razón del empleo de tal aséptico pero práctico criterio demarcativo estriba en la importante diferencia cualitativa —y en consecuencia casi siempre cuantitativa— entre la información que para el estudioso del acontecer humano suministra el testimonio escrito frente a la información, por lo regular muchísimo más menguada y ambigua, que proporciona el testimonio que, de modo genérico, podemos calificar de puramente arqueológico. Pensemos, por ejemplo, en la información que sobre el asedio de Sagunto por Aníbal —o, más purísticamente, Hanibal (véase Gelio 4,7,2: Hannibalem *et* Hasdrubalem *et* Hamilcarem ita pronuntiabat, ut pænultimam circumflecte-

ret)— podríamos obtener si no echáramos mano de las fuentes escritas de los historiadores antiguos, griegos o sobre todo romanos, gracias a los cuales conocemos un sinfín de detalles y particularidades que de otro modo nos serían probablemente inalcanzables.

Pues bien, de la misma manera que, con los matices y gradualidades transicionales que se quiera, siempre habrá una diferencia entre la mejor —por escrita— documentada historia y lo que aconteció en una fase anterior a ella o prehistoria, así también —no podemos dudar— antes de cada bien documentada o conocida lengua humana y su Lingüística particular o general habrá habido una fase anterior para esa lengua, fase, sin embargo, para la que no tenemos conocimiento cierto por su nula, escasa o insuficientemente documentación, y consiguientemente se hará necesaria la práctica de una disciplina, con sus propios objetos, métodos y fines, para estudiarla, disciplina esta que, por analogía con el binomio *Historia – Prehistoria*, podríamos llamar *Prelingüística*, si bien hasta ahora no ha recibido una denominación unánime, hablándose a veces de *Lingüística Reconstructiva* e incluso de *Lingüística Prehistórica*. Nosotros, basándonos más bien en la analogía arqueológica, hemos hablado a veces de *Arqueoglotología*, aunque también nos parece ahora que la metafórica analogía con otra actividad menos histórica pero no menos científica podría propiciar también la definición —aunque, como veremos, algo distorsionadora— asaz ilustrativa de *Lingüística Forense*. En todo caso y defínase como se quiera definir, esta vieja nueva disciplina tendría por objetivo la reconstrucción de lenguas o estadios lingüísticos para los que no poseemos documentación directa o clara.

Una idea de la importancia de esta actividad la dará la circunstancia del enorme material, al menos en la vertiente cronológica, por estudiar. En efecto, si hay prácticamente total acuerdo entre los especialistas sobre el que —subráyese— al menos hace 50.000 o 60.000 años —para hacernos una idea: la época en que humanos como nosotros llegaron por vía marítima a Australia y comenzaron a poblarla— existían ya en el planeta lenguas perfectamente homologables a las actuales y si, por otra parte, las primeras escrituras que hoy podemos entender no van más allá —sería el caso del antiguo egipcio o del sumerio— del III milenio antes de Cristo —es decir, hace unos 5.000 años— nos queda, en la menor de las expectativas posibles, un período mínimo de unos 47.000 años por estudiar. Ahora bien, puesto que para muchos antropólogos la glotalización —es decir, la adquisición del habla— es la característica señera y distintiva de nuestra especie, técnicamente la del *homo sapiens sapiens*, hay que concluir que nuestra disciplina podría tener por objeto de su estudio en realidad toda nuestra larguísima vida biológica como especie.

La pregunta que, naturalmente, muchos de Ustedes pueden estar hacién-

dose ahora es: ¿por qué, pues, ocupándose de tan vasto universo lingüístico, esta disciplina tiene, en comparación, tan poco cultivo? Y, naturalmente, la respuesta es que en esencia ello se debe a las dificultades para su investigación, del mismo modo que, por seguir con otra analogía, sabemos que el universo es infinitamente más vasto que nuestro planeta y, sin embargo, este está explorado prácticamente en su totalidad, mientras que son muchas y mucho más complejas las dificultades para acceder al conocimiento del llamado *espacio exterior*. Así también, en su inmensa mayoría las lenguas habladas hoy o hasta fechas recientes han sido bien o suficientemente descritas y estudiadas, mientras que las lenguas del *espacio exterior* a nuestra documentación...

Por tanto, la cuestión crucial es aquí de cariz metodológico: ¿cómo acceder al conocimiento de tan vasto caudal lingüístico, a todas esas lenguas de algún modo perdidas, a todas las lenguas que han sido y hanse ido? Pues bien, nos proponemos precisamente dar una sucinta pero suficiente y quizá eficiente respuesta a dicha vitalísima cuestión. Nuestro objetivo será, a modo de propuesta basada en nuestra ya larga experiencia en estos asuntos y no menos en los logros de otros, enunciar una suerte de protocolos que para la reconstrucción lingüística puede ser de, por decirlo tal, perentoria utilidad. Creemos así que este quehacer reconstructivo puede articularse en torno a cuatro campos de investigación, cuatro vías protocolarias —una suerte, pues, de *quadriuium* medieval o estudio de cuatro básicas parcelas del saber— necesarias, imprescindibles y por las que, de modo razonablemente seguro, podrá llegarse a un resultado, por modesto que este fuere.

Descifrar, leer, entender: inscripta manent

Nuestra primera vía de estudio será la escritura o lo que de modo estipulativo más técnicamente vamos a definir como vía epigráfica. Estrictamente, el término de helénica etimología *epigrafía* viene a significar prácticamente lo mismo que nuestra voz *inscripción*. Pues bien, aunque a veces esa documentación escrita no estará formada técnica y estrictamente por inscripciones, el término *epigrafía* y derivados parece suficientemente justificado por la sencilla razón de que, entre los documentos escritos de las lenguas por reconstruir, muy mayoritaria y preferentemente son las inscripciones las que representan un mayor grado de contemporaneidad respecto a la lengua utilizada, por lo que lógicamente son más fiables. Algunas veces las lenguas nos han llegado incluso con una imponente documentación escrita y podemos entenderla más que suficientemente, o bien podemos leer los textos sin dificultad pero no los entendemos, o bien, como último básica posibilidad, ni siquiera somos capaces de leerlos.

Emblemático ejemplo de la primera posibilidad sería el caso del latín, lengua que en tantos manuales aparece erróneamente definida como muerta, casi

la lengua muerta por antonomasia, cuando más bien es todo lo contrario, pues si hay una lengua inmortal, esa es precisamente la latina. También, naturalmente, el griego clásico —al que, por suerte y por mor de la esencial permanencia de su nomenclatura en el denominado *griego moderno*, nadie tilda de lengua muerta— estaría incluido en esta categoría. Aunque latín y griego clásico carezcan de verdaderos hablantes nativos y sobre todo de una comunidad humana que haga de ellos un uso natural, el grado de recuperación de estos idiomas es tal que es perfectamente posible, por ejemplo, confeccionar una gramática completa y eficaz.

Se notará que en esta vía epigráfica es capital, como será también en otras vías sucesivas, tener en cuenta dos aspectos fundamentales de la documentación: la cualitativa, a la que acabamos de hacer mención, y la cuantitativa, si bien es cierto que en condiciones normales ambas irán a la par, en el sentido de que una gran documentación cuantitativa comportará a la postre una iluminante y decisiva documentación cualitativa y nos encontraremos, en definitiva, ante una epigrafía comprensible en mayor o en algo menor medida. Nos atreveríamos a decir que si dispusiéramos de los periódicos de una semana completa para cualquier lengua, sería casi siempre posible descifrar eventualmente su escritura, leerlos, entenderlos y hasta llegar a escribir una al menos rudimentaria gramática descriptiva de esa lengua. Ciertamente a veces se necesitaría paciencia y mucho tiempo para llegar a una visión suficientemente completa de la lengua, pero al menos sabríamos por dónde empezar. Por ejemplo, en la mayoría de las lenguas que poseen —casi todas, parece— algo similar a nuestra conjunción copulativa 'y', esta resulta ser la unidad léxica más frecuente, de modo que en nuestro hipotético diario escrito en unos arcanos latín o en clásico griego podríamos comenzar por identificar correctamente los respectivos *et* y *kai* —las unidades más recurrentes, de hecho, en estas lenguas— como significando 'y', lo que además podría proporcionarnos secundariamente una importante información morfosintáctica. También y aun siendo poquísimas —cinco o seis— las inscripciones en lengua lusitana que poseemos, la gran recurrencia del segmento *INDI* en estos ha servido, entre otras cosas, para apuntalar su muy seguramente correcto valor de 'y'.

Claro que aquella circunstancia ideal de abundante y variadísima documentación —como en un periódico: editoriales, actualidad, institucional, deportes, espectáculos, vida social, esquelos, publicidad, contactos...— muy rara vez se produce en la documentación epigráfica de lenguas reales —casi todas de época antigua o premedieval— ya que a menudo la también real documentación epigráfica —esto es, por inscripciones— suele resultar muy poco politemática, al reducirse a uno o unos pocos campos temáticos, de modo que tal documentación no suele ofrecernos ninguna información —léxica, por ejemplo— sobre muchos otros aspectos lingüísticos. Por ejemplo,

para muchas de las antiguas lenguas de Europa la documentación epigráfica está constituida casi exclusivamente por inscripciones funerarias, lo que, por tanto, limita muchísimo el alcance de la reconstrucción. Ciertamente aunque, por ejemplo, son decenas de miles las estelas funerarias inscritas en latín, sólo podríamos hacernos una muy pálida y limitada idea de la gramática de esta lengua de no poseer más que este cuantitativamente impresionante pero cualitativamente insignificante caudal documentativo.

Bajando un gradón más en nuestra escala podemos, en efecto, encontrarlos con lenguas con buena o suficiente cantidad de documentación escrita y aparentemente variada, pero cuyo nivel de información es, por alguna causa, también muy deplorable. Emblemático caso cercano que podríamos aquí invocar es el del ibérico, lengua de la que poseemos suficiente material epigráfico en lo cuantitativo, por encima de un millar de inscripciones, y en lo cualitativo al menos con buena variedad de soportes (armas, bronce, cerámica, estela, roca y sobre todo plomo...); inscripciones realizadas en una escritura que —sobre todo en una de sus variedades— podemos leer prácticamente al ciento por ciento; *leer...* pero no entender. Más llamativo sería el caso del etrusco, lengua todavía hermética en muchos aspectos pese a los más de 17.000 textos! conservados.

Aquí acaso sea menester un excursus para alertar de los que —y a veces literalmente— asan la manteca —“tocino, manteca asada a la brasa” tradujo cierto chorbo un texto ibérico— es decir, de aquellos que se dedican a traducir a troche y moche, a diestro y siniestro, a trancas y barrancas y no importa si desde la Universidad o foros menos exigentes todo lo, por definición, no comprensible que se les pone *a tiro*, ya sea celtibérico, etrusco, guanche o ibérico, tipos que, avispados unos pocos y egolátricamente ingenuos los más, son simplemente unos trileros de biblioteca, impostores de diccionario.

Naturalmente, este tipo de epigrafía legible, aunque resulta, como decíamos, ininteligible al menos en su integridad, no por ello dejará de suministrar información a nuestro lingüista forense. Por ejemplo, las afinidades que muchos sostenemos entre el ibérico y el [sub]grupo lingüístico aquitano, al que como dialecto meridional pertenecería el vascuence, se basan en buena medida en los paralelos fónicos que pueden establecerse a partir de lo que nos dice la legible escritura de los iberos: ambas entidades lingüísticas, verbigracia, no presentan vibrante en inicial, pero distinguen precisamente dos vibrantes en otras posiciones, ambas no poseen /m/ como fonema o sonido distintivo y presentan tendencia a asimilar [m] a /b/, ambas no distinguirían entre fonemas vocálicos largos y breves, ambas poseerían cinco fonemas vocálicos, presentarían intolerancia a [w] inicial y antevocálica, infrecuencia o ausencia de /l/ final, existencia de dos [series de] sibilan-

tes y neutralización del contraste entre estas en determinadas posiciones, ambas no cuentan ni con /p/ ni con /f/ en su inventario de fonemas, las dos presentan ensordecimientos de /b/ tras sibilante y mayor cierre consonántico en posición implosiva o de final de sílaba que en posición explosiva o de inicio de sílaba, las dos no admiten grupos consonánticos de oclusiva más líquida o vibrante en posición explosiva... etc.

Naturalmente y retomando ahora el prisma cuantitativo, hay también epigrafía en mucha menor cuantía y, sin embargo, no necesariamente —por las razón que en su lugar veremos— menos legible. Mucha menor es, por ejemplo y aún en ámbito hispánico, la documentación para el celtibérico y mucho menor aún, como vimos, para la lengua de los antiguos lusitanos. Pese a ello, podemos, desde luego, leer e incluso comprender bastante más de estos textos, especialmente de los celtibéricos, que de los mucho más abundantemente documentados textos ibéricos, sin que ello en esta ocasión tenga que ver con el grado de conocimiento de su escritura nativa o, como técnicamente decimos, *epicórica*, ya que, por ejemplo, en el caso del celtibérico esta es prácticamente la misma que la variedad de la escritura ibérica mejor documentada.

En cambio, nuestro grado de intelección de la lengua denominada *sudlusi-tana* o, según otros, *tartésica* —que en lo cuantitativo ocuparía el tercer lugar, tras el celtibérico y delante del lusitano, en documentación en la antigua epigrafía prerromana nativa y peninsular— sí tiene primariamente que ver con el hecho de que no se ha logrado un desciframiento, por decirlo así, total y seguro de su escritura, la cual, por citar sólo un detalle, era practicada con escritura continua —es decir, sin separación de palabras y frente a lo que acontecía en las demás antiguas lenguas peninsulares o en latín y en etrusco— de modo que este detallito supone una importante dificultad adicional para su lectura e interpretación. En tal caso la identificación de las *palabras* sólo puede hacerse mediante su previa segmentación, objetivo que sobre todo puede lograrse si se tiene la suerte de que determinadas formas se repitan. Así la regular y hasta recurrente presencia de un segmento que transcribimos como UARBaAN en bastantes inscripciones ha permitido al menos identificarlo como autónoma palabra *tartésica* y relacionada previsiblemente con el léxico funerario, pues tal parece ser la función de las inscripciones sudlusi-tanas sobre estelas de piedra, soporte que constituye con diferencia el principal para esta epigrafía. Claro que, como se puede observar ya en nuestra transliteración de la forma sudlusi-tana, la escritura epicórica de esta lengua presenta, por otra parte, la ventaja de la regular repetición —que se cree meramente redundante— de la vocal tras el correspondiente silabemograma consonántico u obligatoria notación de la vocal cuando se registra una consonante oclusiva, detalle que, como es fácil suponer, resulta de enorme ayuda a la hora de identificar los concretos valores vocá-

licos de dichos silabemogramas.

La acotación servirá para introducirnos en otra cuestión periférica y extralingüística, pero que, por la enorme ayuda que potencialmente puede prestarnos, debemos necesariamente tener en cuenta, a saber, el concurso de los datos de naturaleza ajena a la lengua y tan variados como arqueológicos, culturales, genéticos, geográficos, ideológicos, [pre]históricos, sociales, tecnológicos... Así, la naturaleza del soporte o el conocimiento de la costumbre de la inhumación han llevado a suponer que asimismo las estelas sudlusionas deben de contener textos de carácter funerario. También, por ejemplo, entre otras cosas, el conocimiento de la práctica extensiva de la hospitalidad por los antiguos celtas de la Península Ibérica permite apuntalar la hipótesis de que la ubicua palabra celtibérica CaR en tantos documentos portátiles indique precisamente eso: hospitalidad u hospedaje.

Un escalón más abajo tendríamos aquellas lenguas documentadas sí epigráficamente, aunque, como se vio, por lo general en pábula cantidad, lenguas documentadas incluso clara y bellamente, pero cuya escritura somos, hoy por hoy, incapaces de leer con certeza, es decir, de interpretar el valor fónico de sus signos. Caso emblemático, entre los no muchos, sería el de la escritura conocida como *rongo rongo* y practicada en su época en la Isla de Pascua. Dígase —*mutatis mutandis*, pero *a fortiori*— lo que se dijo a propósito de las escrituras en grado sólo de legibilidad: cuidadito también con la legión de *iluminados* que harán rumbosas traducciones *al pie de la letra* de cualquiera de estas escrituras.

Claro que, como en el cuento, el pobre que vuelva la vista atrás, siempre podrá encontrar a otro mucho más pobre que él. Peor, mucho peor, al menos en lo relativo a esta prueba *forense*, será la situación de ausencia total o prácticamente total de verdadera documentación epigráfica, como, por ejemplo, sería el caso de los antiguos ástures y galaicos, así como de la mayoría de los pueblos europeos no meridionales del I milenio a.C.

Una última acotación importante hará referencia a nuestro concepto de escritura en el sentido de que bajo dicha rúbrica incluimos cualquier modalidad de registro *metaglósico*, es decir, cualquier forma de representar una lengua, de modo que además de la escritura convencional incluiremos aquí cualquier otra forma —la escritura por los denominados sistemas Morse o Braille, el sistema de señales marítimas...— por medio de la cual se refleje, mejor o peor, una lengua dada. Una de estas formas no convencionales más curiosas es la del silbo gomero, cuyo carácter prehispánico, parece, entre otras cosas, asegurado por la posibilidad, como así hemos mostrado en algún trabajo anterior, de recuperar características fónicas de las hablas de los guanches de La Gomera e incluso algún elemento léxico. En lo concerniente a este último apartado, más recientemente escribíamos a propósito

de *fui*, forma que «se emplea en el silbo gomero para verificar el establecimiento del contacto» y de palabras *transliterables* como *miñaja* ‘cabra’ u *ojis* o *tufa* ‘oveja’ que «en la hipótesis más obvia y plausible, deben de representar simplemente léxico prehispánico» y apoyándonos en el material tipológico (*lege infra*) proponíamos además y frente a la tradicional interpretación de *fui* como puro elemento fático equivalente a nuestro ‘oye – oiga – atención’ más bien un significado que haría referencia al mismo nombre del ‘silb[id]o’.

En todo caso, dada su potencial importancia nuestro lingüista forense debe —y como primera materia de su *quadriuium*— atender a la documentación escrita, a esa aritmética suma de las letras... si es que la hubiere.

Gran ganga, gran ganga: glosando voy, glosando vengo

Verificada esa primerísima prueba, puede pasar el lingüista forense a efectuar el análisis de otro material escrito, pero no necesaria o fundamentalmente coetáneo de la lengua que es nuestro objeto de estudio sino más frecuentemente un tipo de testimonio posterior. Ahora bien, el grado —normalmente menor— de contemporaneidad no es tan determinante para la identificación de esta otra base testimonial y su pertinente distinción de la base epigráfica cuanto la incidencia de otro factor, cual es el de una lengua ajena, pues lo característico de esta otra materia documental será la presencia, en efecto, de *otra* lengua desde la que se expone, explica, comenta o, como técnicamente se dice, desde la que se *glosa* esa lengua moribunda o muerta que nos dejan ya en la sala de reanimación o ya directamente en la morgue. Así pues, nuestra segunda vía de estudio será lo que de modo estipulativo definiremos como vía glósica, donde primariamente habrá que tener en cuenta que, a diferencia de lo que acontece con la vía epigráfica, este tipo de informaciones no necesariamente estará realizado por un hablante nativo de esa lengua, siendo, por el contrario, muy frecuente el caso de que las glosas a otra lengua se efectúen por personas, no sólo hablantes nativos de otra lengua distinta sino a menudo también con un conocimiento muy limitado —a veces sólo el que ahí consignan— de la lengua glosada.

Otro aspecto bien digno de considerar en este ejercicio protocolario es, por de algún modo denominarlo, su aparente dependencia de factores en buena medida aleatorios. Con ello queremos decir que no es *a priori* tan previsible la emergencia de glosas para lenguas perdidas o difuntas cuanto la emergencia de epigrafía, pues, como acabamos de ver —Europa meridional en el I milenio a.C.— a veces es hasta cierto punto previsible el alcance geográfico y cronológico de la práctica de la escritura. Simplemente y por las razones que fuesen, tenemos glosas y abundantes para muchas lenguas y no tenemos ni media para muchas otras. Los motivos para glosar otra len-

gua son de lo más variopintos. Del significado de *æsar* —o quizá mejor *ai-sar*— ‘dios’ en etrusco nos informa el historiador Suetonio (*Aug.* 97: *tempus ictu fulminis ex inscriptione statuæ eius prima nominis littera effluxit [...] æsar, id est reliqua pars e Cæsaris nomine, Etrusca lingua deus uocaretur*) al referirnos que una vez cayó un rayo sobre el pedestal de una estatua del César Augusto, borrando la <C> de su inscrito nombre —*Cæsar* en latín— y dejando, por tanto, una secuencia asimilable a la forma etrusca para ‘dios’.

Para la lengua ibérica quizá no hayamos conservado —pues, como vemos, es este de la conservación de lo que se hizo, otro aspecto a tener muy en cuenta en la cuestión— ni la referencia al significado de una sola palabra. Quizá los antiguos romanos o griegos o eventualmente fenicios, de quienes cabría esperar tales aportaciones, no hayan sentido interés alguno por esta lengua ni, desde luego, ninguna generalizada necesidad por estudiarla. Una posible y seguramente inconsciente excepción podría ser la voz *laurices* que, según el *naturalista* romano Plinio (*nat.* 8,81,217: *Fetus uentris exsecutos uel uberibus ablatis non repurgatis interaneis gratissimo in cibatu habent; laurices uocant*), designaba un manjar genéricamente hispánico y consistente en conejillos con sus intestinos o incluso con sus fetos. En efecto, la voz glosada —aunque el comasco autor no especifica su adscripción lingüística— podría ser ibérica si atendemos a la documentación de una secuencia o posible raíz *laur-*, pues resulta que este segmento es relativamente frecuente en la epigrafía ibérica: LAURBeRTon, LAURISCeŕ, LAURO, LAURON, LAURSU... y no así en su mejor competidora en ámbito peninsular, la epigrafía celtibérica, ámbito lingüístico este donde al menos hasta esta fecha no está documentada ninguna raíz **laur-*.

Por razones a veces más opacas, otras lenguas, en cambio, como es el caso de las hablas de los antiguos galos, han sido más beneficiadas por esta práctica. A veces el destino compensa por algunos despropósitos: resulta así que, si bien el gálico por motivos diversos —práctica de la escritura continua, escrituras cursivísimas, temática bizarra...— sea una lengua poco favorecida por la vía epigráfica, ha conservado, sin embargo, un relativamente alto porcentaje de glosas, tanto a título individual por autores antiguos como verbigracia Quintiliano (*inst.* 1,5,8: *casamo* ‘acompañante’; *inst.* 1,5,68: *ræda* ‘carro [de cuatro ruedas]’) cuanto colectivamente, así, por ejemplo, en el denominado por su descubridor *Glosario de Endlicher* o también por su lugar de procedencia *Glosario de Vienne* y que contiene 17 equivalencias entre palabras gálicas y su significado latino, cuales *ambe* ‘arroyo’, *onno* ‘río’, *cambiare* ‘trocar – intercambiar’ o *treide* ‘pie’.

Otra lengua especialmente favorecida por la documentación glósica y que aquí nos concierne, es precisamente el guanche. Gracias sobre todo a la facundia y curiosidad de algunos cronistas hemos conservado un número de

voces y frases de los antiguos habitantes de Canarias que para sí querríamos en otras altitudes y latitudes. Naturalmente, el factor aloglótico —es decir, la incidencia de la lengua transmisora— es un elemento a tener bien presente a la hora, segundo y minuto de analizar la fidelidad de la información. Un sencillo ejemplo de esto nos lo aportaría el componente fonológico, ya que, como es fácilmente comprobable, lo habitual es que adaptemos los sonidos distintivos de la lengua foránea a los de la lengua en la que escribimos. Naturalmente si, como cabe esperar de una lengua norteafricana, el guanche contaba con una gama de fonemas guturales más amplia que el español u otras lenguas románicas de la época, no cabía, en cambio, esperar que ninguno de estos sonidos fuera transmitido con fidelidad absoluta o a veces que ni siquiera fuera transmitido. Por ejemplo, la oclusión glotal —como su nombre indica, el cierre de glotis, que es el primer cierre posible a la salida del aire en el aparato fonador humano— es un fonema muy común en algunos grupos lingüísticos pero completamente desconocido en otros. Ya bastante es de agradecer que en las primeras descripciones de ciertas lenguas de ultramar algunos más avezados españoles de la época, misioneros mayormente, se percibieran de la existencia de un sonido —en realidad, una consonante— muy especial para ellos y lo llamaran pintoresca pero inexactamente *saltito*.

En sí misma la glosa constituye una suerte de gran ganga o chollo, porque a la comentada circunstancia de su aleatoriedad hay que añadir que viene con *dote*, ya que suele las más veces presentarse con traducción, de modo que el fulano en cuestión —pues, en efecto, muchas veces anónima la fuente— no se limita a decirnos tal palabra o frase pertenece a tal lengua, sino que gratuitamente nos añade el maravilloso regalo de darnos su significado, capital este detalle semántico que en principio no cabe esperar de ninguna manera en la documentación epigráfica salvo en los casos —por desgracia, ay, más bien raros, raros, raros— de documentos bilingües o plurilingües, como, por citar un ejemplo, el texto, en fenicio y etrusco, conocido como *tablas de Pyrgi*. Las glosas que, por ejemplo, sobre los numerales guanches nos transmitió Niccoloso Da Recco (*nait`uno`, smetti`dos`, amelotti`tres`...*) pueden considerarse de excepcional importancia por la seguridad que nos proporcionan —siempre en la hipótesis de unas hablas esencialmente homogéneas y de origen básicamente común— a la hora de determinar su adscripción lingüística como también por la excepcional univocidad del significado ofrecido, ya que los numerales presentan una gran precisión referencial contra lo que es la pauta más general, pues, en efecto, las palabras —y éste es otro aspecto a tener en cuenta en estas cuestiones— suelen manifestar una gran lubricidad semántica, de modo que lo normal es que se den diferencias de significado tanto entre dialectos, hablas o lenguas próximas y también a lo largo de la evolución de cualquiera de estas. La lista además

presenta coherencia interna al permitir comprobar la estructura de las decenas (*nait-marava* 'once', *smatta-marava* 'doce'...) y fue substancialmente rubricada por otros testimonios, aunque en ellos, como por lo demás cabría esperar, se aprecien diferencias, asunto este que nos sirve para introducir otro elemento de deturpación especialmente presente en el estudio de las glosas y que constituye el lógico corolario de la citada adaptación fonológica: la adaptación gráfica. No es, desde luego, casual que en el listado del italiano Da Recco abunden los casos, como en la lengua y escritura italianas, de consonantes geminadas, en concreto de /tt/ (*acodetti* 'cuatro', *simusetti* 'cinco', *sesetti* 'seis', *satti* 'siete', *tamatti* 'ocho'... imás que numerales parecen apellidos italianos!), geminación que, en cambio, falta en las glosas de autores de otras tradiciones lingüística y gráfica.

Por nuestra parte, hemos intentado también en otro trabajo mostrar la posibilidad de que la tradicional glosa para el guanche *efequén* 'templo – adoratorio' «nunca hubiese existido y que se trate simplemente de una mala escritura o lectura de las fuentes, dada la gran similitud entre los grafos <f> y <s> de la época, de modo que un **esequen* —probablemente /esekén/— fuera entendido como un *efequen*», es decir, que una escripción <*efequen*> habría sido entendida como <*efequén*>. Por último, otras diferencias observables en la transmisión de las mismas glosas, como también en el citado caso de los numerales de los antiguos canarios, pueden ser originales y simplemente deberse a las lógicas variaciones diatópicas o de lugar o bien diacrónicas y debidas al paso del tiempo. En todo caso, constituye una tarea siempre útil y *refrescante* para el reconstructor de lenguas el estudio del geométrico paralelismo de las glosas... si es que las hubiere.

Delante de nuestras narices: ¡viven!

Pasamos ahora el *ecuador* de la escritura para adentrarnos en el hemisferio de la oralidad, desde el cual podremos ahora acceder a una verdadera *terra incognita*, la de las entidades lingüísticas sin registro escrito de ningún tipo, entidades lingüísticas a las que nosotros reservaríamos estrictamente el nombre de *prelenguas* y a su correspondiente disciplina, el de *Prelingüística*, pues, por una parte, accederemos a ellas fundamentalmente, como veremos, desde otras lenguas y, por otra parte, no tenemos ninguna prueba documental —escrita— de su existencia, sino que son puritos reconstruc-tos.

En efecto, resulta que de las lenguas en proceso de reconstrucción que hemos venido citando —celtibérico, etrusco, gálico, griego, guanche, ibérico, latín, lusitano o sudlusitano— contamos con material escrito, al punto de que puédesse asignar voces concretas —conozcamos o no su significado— cuales las vistas CaR, *æsar*, *casamo*, *kaí*, *nait*, LAURBeToN, *et*, INDI o UARBaAN correspondientemente a cada una de ellas. Ahora bien, si simple-

mente preguntamos qué se hablaba antes de esa fase para la que poseamos sea mucha o sea poca documentación —pero documentación al fin y al cabo— para cada una de esas lenguas, entramos de lleno en la *prehistoria* de las lenguas, franqueamos, pues, el linde oscuro. Para este género de entidades en ámbito anglosajón, dígase *obiter*, suele emplearse el elemento *Proto-* antepuesto a la correspondiente prelengua (*Proto-Bantu*, *Proto-Chinese*, *Proto-Indo-European*, *Proto-Slavic*...) y en ámbito germánico paralelamente suele emplearse el prefijo *Ur-*. Además, en la tradición académica las formas reconstruidas —necesariamente itodas! en el caso de las prelenguas— se reconocen por venir precedidas de un asterisco para precisamente indicar que la lengua no cuenta con testimonio escrito. Así, por ejemplo, podemos proponer que tanto el español *pie* cuanto el inglés *foot* 'pie' remontan a una misma y lógicamente más antigua raíz **pad-* en una prelengua ancestral y común. La pregunta, por tanto, inevitable es entonces la de cómo acceder, sin ninguna pista escrita, a esas verdaderas prelenguas, las cuales, por tanto y por seguir con la metáfora, podríamos definir como entidades lingüísticas sin testigos oculares. Pues bien, la respuesta, como ya anticipábamos, es: podemos acceder a las prelenguas desde las lenguas, básicamente desde sus lenguas sucesivas, desde, por así decir, sus *postlenguas*.

En este punto epistemológica y metodológicamente será, por tanto, de utilidad establecer una distinción entre aquellas prelenguas con —dentro de lo posible— directa continuidad y aquellas otras, por así decir, sin herederos directos y que, perdidas en mayor o menor medida en lenguas colaterales, quizá nunca lleguemos ni siquiera a identificar. Así, si deseamos, por ejemplo, estudiar el prelatín, en principio ninguna otra lengua nos será más proficua que el mismo latín directamente, sobre todo en sus fases primevas. La pista de la colateralidad es obviamente más segura y provechosa en el caso de lenguas que de prelenguas. Así, cuando una lengua no cuente con heredero o —*nota bene* el plural— herederos directos, habrá que recurrir a entidades lingüísticas afines y, a ser posible, a aquellas precisamente más afines o cercanas. Aunque, por ejemplo, la lengua celtibérica no tuvo una continuación directa o mayoritaria en las hablas peninsulares, puesto que, de todos modos, consta ya definitivamente su adscripción al grupo lingüístico céltico, habrá que recurrir a la comparación con las lenguas célticas y aun más a aquellas que se pueda determinar resulten las más parecidas.

Ahora bien, en el caso de que esas lenguas —o en algún caso otras prelenguas— comparandas sean de diferente registro temporal, habrá que tener especial precaución en atender no sólo a las particularidades dialectales de la prelengua por reconstruir, sino también a las características que puedan establecerse como propias de una época. Esto es lo que tradicionalmente ha sido denominado, por los obvios motivos de incidir en aspectos históricos

o evolutivos y también comparativos, como método *histórico-comparativo*, el cual, por otra parte, puede aplicarse a cualquier lengua en reconstrucción, por tanto, no sólo a prelenguas, sino también a aquellas lenguas para las que poseemos algún testimonio escrito.

De todos modos, a la incidencia del factor de la contemporaneidad conviene sumar el de la coespacialidad, es decir, el del contacto lingüístico, también más técnicamente denominado *singlosia*. Si, como es el caso, nos consta el frecuente contacto entre hablantes de celtibérico y hablantes de ibérico y de latín, aunque estas lenguas no sean tan afines al celtibérico como las lenguas célticas, podrán, no obstante, sernos también de alguna utilidad, habida cuenta de la alta frecuencia documentada para los fenómenos de convergencia lingüística (calcos, caricaturas, copias, hibridismos, interferencias...). Hay, por ejemplo, razones para sospechar que la ubicua forma celtibérica GeNTiS pueda simplemente ser una copia de la forma latina *gens*, con genitivo *gentis*, 'clan familiar'.

Pero, como es sabido, los temas de herencia son muchas veces problemáticos. Otra dos cuestiones peliagudas que pueden surgir a la hora de buscar el testimonio lingüístico más cercano y, por tanto, previsiblemente más provechoso son, por un lado, la fijación de la propia adscripción lingüística y, por otro, el establecimiento cierto de una continuidad. Para el primer caso, podemos invocar el caso del guanche, aunque no sea el más complejo, ya que, en cualquier caso, cabría clasificarlo como una lengua afroasiática y en concreto camítica. Ahora bien, las hablas más afines ¿las encontraríamos con seguridad en las más cercanas costas africanas? como tantas veces se ha supuesto ¿o acaso en las más lejanas costas del territorio de Cartago-Túnez? como se ha visto más modernamente apuntan otros indicios. Para el segundo caso, podemos recordar que algunos especialistas han sostenido que la lengua tradicional de los bretones representa, aunque con seguros aportes británicos, la continuidad de los dialectos gálicos hablados en época romana en el norte de Galia-Francia —es la doctrina que simpáticamente podríamos llamar *teoría Ásterix* los insurrectos galos!— mientras que según otros especialistas el bretón no representa en modo alguno una continuidad moderna del antiguo gálico, por lo que no debería prestarse a aquella lengua, entre las célticas, ningún trato preferencial a la hora de afrontar la reconstrucción del gálico.

Por otra parte y entrando ya en aspectos más prácticos, a la hora de husmear y rastrear como un sabueso los vestigios de una fase lingüística anterior desde otra posterior —y ya entren en liza prelenguas o lenguas en las diferentes combinaciones posibles— puede resultar bastante útil examinar las irregularidades, especialmente las irregularidades morfológicas, ya que estas suelen constituir inertes vestigios de épocas pretéritas en forma de

anomalías. Por ejemplo, el latín clásico presenta dos números gramaticales: singular y plural, sin embargo, la existencia en una fase más antigua de un número dual —para entidades conceptuadas binariamente— es deducible, entre otras cosas, de la anómala desinencia *-o* en el paradigma de formas cuales *duo* 'dos' o *ambo* 'ambos'. También, por ejemplo, la presencia anómala, frente a los regulares masculino y femenino, de un género neutro en nuestros pronombres demostrativos *esto*, *eso* y *aquello* podría en sede teórica —y ¡bingo! es el caso, desde luego— proponerse como restos de un estadio lingüístico anterior con tres géneros.

Esencialmente constituye éste el más conspicuo expediente metodológico, ya bien explorado por la Lingüística tradicional, conocido bajo la rotulación de método de *reconstrucción interna*. Es, en verdad, un expediente bastante fiable pero no, desde luego, tan infalible como se ha pretendido desde las posiciones teóricas más tradicionales, las cuales, entre otros manifiestos errores de concepción de la evolución lingüística, verdaderamente marraron en su idea de suponer que los cambios en las lenguas son lineales, son como árboles genealógicos, de modo que una lengua *hija* sólo puede provenir de una sola otra lengua *madre*, no contemplándose, pues, la más palmaria circunstancia de que en la extragrande mayoría de los casos conocidos las nuevas lenguas son sobre todo el producto de la mezcla, en mayor o menor medida, de dos o habitualmente más lenguas.

Por ello también la anomalía lingüística no siempre o no regularmente es índice de relictos de una fase previa. Así, el *anómalo* empleo en español del pretérito *fui* del verbo *ser* como pretérito también del verbo *ir* no es cosa que pueda explicarse desde la bien conocida latinidad de tantos textos; más plausiblemente será una evolución interna o local del español o bien un calco morfológico de otra contigua y contacta lengua. También para la hoy residual, si bien aún operativa en algunos dialectos, distinción entre un femenino grande o bueno y un malo o pequeño masculino —¡y luego algunas hembristas acusan al tan epicénico español de machista!— es totalmente insuficiente —si es que no errónea— la invocación de hechos latinos. Nos referimos a contrastes del tipo *bicicleta* – *bicicleta*, *choza* – *chozo*, *cesta* – *cesto*, *oveja* – *ovejo*, *sierra* – *sierro* o *ventana* – *ventano*, oposición sin duda otrora mucho más activa, como se desprende también de su abundante documentación en la *foto fija* de los registros toponímicos: *cabeza* – *cabezo*, *caldera* – *caldero*, *charca* – *charco*, *collada* – *collado*, *hoya* – *hoyo*, *huerta* – *huerto*, *loma* – *lomo*, *pica* – *pico*, *poza* – *pozo*, *ría* – *río*, *risca* – *risco*, *solana* – *solano* etc., de modo que es también enteramente plausible la incidencia aquí de otra tradición lingüística.

Y a propósito: como hemos visto, los dialectos presentan muchas veces registros lingüísticos extraordinariamente arcaicos, por lo que, cuando conve-

nientemente identificados dichos elementos, estos pueden ser de extraordinario valor para la reconstrucción lingüística. Es indudable que las hablas románicas peninsulares contaron paradójicamente en algún momento con un morfema de diminutivo en *-on* y de ahí contrastes de tamaño del tipo que hallamos entre *ave* – *avión*, *caja* – *cajón*, *cañamo* – *cañamón*, *cuerda* – *cordón*, *monte* – *montón*, *perdiz* – *perdigón*, *punte* – *pontón*, *pulga* – *pulgón*, *rata* – *ratón*, *tapa* – *tapón*, *tierra* – *terron*... o también en formas donde el contraste ya no es operativo como probablemente *corazón*, *lechón* o *pichón*. Decimos *paradójicamente* porque en el español convencional lo operativo es un formante *-on*, pero que precisamente sirve para marcar lo contrario: un aumentativo, significado que obviamente es el heredado del histórico componente mayor —pero no único!— del español, es decir, del latín. Así, de aquellos prerrománicos *Capitone*–, *Frontone*– o *Nasone*–, por citar la presencia de dicho formante en tres nombres personales romanos, proceden directa o bien indirectamente nuestros equivalentes modernos de *cabezón* —que es también apellido, por cierto— *frentón* o *narizón*. El detalle aquí relevante es que, al menos hasta hace poco tiempo, en algunos conservadores dialectos del Pirineo aragonés —así, por ejemplo, en el habla de la zona de Ayerbe (Huesca)— el dicho sufijo diminutivo en *-on* seguía siendo el verdaderamente patrimonial y operativo al menos hasta mediados del siglo pasado.

En definitiva, sea en su propio *continuum* lingüístico, sea en *continua* lingüísticos afines o contiguos, algo queda, algo pervive de un estadio anterior o bien de otra lengua. Nosotros propusimos en su día el término de *diaglossia* para describir este tipo de testimonio basado en la pervivencia lingüística, de suerte que en consecuencia cabe hablar de y proponer una tercera vía diaglósica de inquisición de datos para la lingüística reconstrucción.

Ya sólo este tipo de fenómenos ponen de inmediato también en evidencia lo errado que es emplear expresiones como lenguas *muertas*, *extinción* de lenguas o locuciones afines y conceptualizar la evolución lingüística de ese modo, denuncia esta que constituye una ya vieja reivindicación nuestra. De hecho, no hace tanto exponíamos nuestro «rechazo a aceptar el principio de que las lenguas se *extinguen* sin dejar rastro» recordando «que en realidad lo que eventualmente se extinguen son los hablantes, no las lenguas, pues las lenguas no existen sin los hablantes [...] Lo documentado hasta la saciedad es el cambio —aunque casi nunca radical y total— de una lengua a otra, de modo que los hablantes suelen incorporar muchos elementos de su propia lengua a la recién adquirida, especialmente los *etéreos* —esto es, menos perceptibles— referentes semánticos» y añadíamos aquello de que «las lenguas son materia y, como materia, ni se crean ni se destruyen, tan sólo se transforman» preguntándonos «¿qué sentido tiene hablar de la desaparición o extinción, por ejemplo, de la lengua de los guanches? ¿Cómo

puede establecerse que en *Tenerife*, cuando uno se dirige desde la *Orotava* al *Teide* o desde *Taganana* a Punta *Teno*, pasando por *Garachico* o *Tacoronte*, el guanche es una lengua extinta?». Nuestra metáfora, pues, del lingüista forense nada quiere tener que ver con la metáfora tan distorsionadora y desafortunada de la extinción de lenguas, sino mucho más con la pacienzuda labor empírica que puede seguirse para obtener, a veces, una información, alguna vez, decisiva sobre pequeños restos o, vez alguna, minúsculos, ya que sus hablantes no están vivos.

Aceptado, pues, que la situación normal es que las lenguas no se extinguen, sino que se pierden en otras, son absorbidas o engullidas por otras y que, en mayor o menor medida, dejarán siempre vestigios en esa lengua encontrante, absorbente o engullente, cabe preguntarse cómo podremos reconocer tales formas antiguas u originalmente ajenas en esa más reciente o nueva entidad, cómo, en suma, identificar las diaglosias. Aquí profundizar en los protocolos de actuación básicos ocuparía un espacio que en mucho desbordaría el ahora recomendado, de suerte que nos limitaremos a unos pocos consejos básicos.

Pues bien, en el párrafo de un texto publicado y que acabamos de reproducir, dejábamos también ver otra de nuestras reivindicaciones más obstinadas y que, por afectar a las metodologías de la reconstrucción lingüística, brevemente glosaremos y que básicamente se sustancia en la infravaloración que ha recibido el capital y frecuentísimo fenómeno del contacto lingüístico desde las perspectivas lingüísticas tradicionales, para las cuales aquello venía apenas a concretarse en el absurdo, en su expresión y concepto, término de *préstamo*, suponiéndose que aquello se reducía a la adopción de un contingente de formas léxicas, irrelevante para el verdadero estudio por su escasa representación y por dejarse siempre identificar bien como formas foráneas. Muy al contrario.

En efecto, hay que decir, en primer lugar, que las copias lingüísticas —y no préstamos— son no sólo léxicas sino también, por supostísimo, y fónicas y morfológicas y sintácticas... Además, estas constituyen un contingente cuantitativamente importantísimo en muchas lenguas e incluso mayoritario en algunas de ellas, cuales buruchasquio, húngaro, inglés moderno, polaco, rumano o vascuence. Por último, tampoco es cierto que las copias lingüísticas, gracias a su origen foráneo, sean elementos fácilmente reconocibles e identificables. Si por ejemplo, sometiéramos a una *rueda* de reconocimiento de *extranjería* voces cuales *carmesí*, *champú*, *coche*, *colibrí*, *dolmen*, *edredón*, *franela*, *géiser*, *iglú*, *mocasín*, *parca*, *patata*, *pomelo*, *quiosco*, *safari*, *satén*, *petunia*, *tatuaje*, *tobogán*, *tomate*, *yudo* o *zombi*, probablemente y por razones meramente “de oído” o fónicas la mayoría de los hablantes normales del español distinguiría en esa lista entre voces perfectamente

castizas y patrimoniales y voces claramente advenedizas y foráneas. Sin embargo, todas y cada una de las voces citadas son de origen foráneo y además de origen exótico, aunque seguramente ello no resultará para muchos inmediatamente reconocible en *edredón* (sueco), *franela* (galés), *mo-casín* (algonquino), *parca* (samoyedo), *patata* (aragüaque), *pomelo* (holandés), *quiosco* (persa), *satén* (chino), *petunia* (guaraní), *tobogán* (algonquino) o *tomate* (naguátel) por resultar compatibles con la más regular fono[morfo]logía española. Si con el tiempo, todos acabamos perteneciendo a una misma generación: la de los antepasados, con las palabras pasa algo semejante: si les damos tiempo suficiente, todas acabarán perteneciendo a la clase de palabras patrimoniales.

Pero es que además la legión extranjera de lenguas conoce otros vericuetos mucho más sutiles para *contaminar* —ibendita contaminación, por cierto, esta!— nuestra nacional y antaño imperial lengua. En aquel texto alertábamos también del fenómeno del calco semántico, pues nada en principio más que las dificultades para hacerse entender puede impedir que uno trasvase el mundo conceptual y referencial de su propia lengua a otra, de modo que, por ejemplo, como escribíamos hace años: «Muchas veces en verdad se olvida la capacidad de una lengua para sobrevivir en la semántica. Cuando en el inglés de Irlanda se emplea *red* 'rojo' o *black* 'negro' con el sentido intensivo ('muy – completamente – total[mente]'), semánticamente se sigue hablando en gaélico irlandés». En el ámbito románico, numerosos usos semánticos del español se explic[ar]ían de la mejor manera como calcos —es decir, el trasvase semántico que incluye las metáforas, metonimias o locuciones correspondientes— desde lenguas indígenas o contiguas al latín hablado en la respectiva zona de nuestra Península.

En verdad identificar negativamente un calco —es decir, por no responder a un uso documentado en la tradición lingüística predominante— es un proceder bastante arriesgado, pero desgraciadamente ese proceder constituirá muchas veces la única opción a nuestro alcance. Escribíamos no hace mucho que en lo concerniente a calcos de hablas prerromanas en las lenguas románicas «hay que contentarse por ahora metodológicamente con el rastreo de aquellos elementos en lo semántico no latinos y que encontremos en las hablas de la zona sin que evidentemente respondan a un uso latino o de otra lengua conocida [...] el empleo del antiguo *podium* latino o 'pedestal – podio – balcón' con el valor de 'cerro' (habitualmente con alguna edificación), tal como encontramos en nuestras hablas con *puig* o en ámbito aragonés con *pozo*, podría tratarse de un calco de una lengua —ibérica, como primera opción— de substrato, al igual que la derivada metáfora *pujar* para 'subir' [...] Naturalmente, muchos de los potenciales casos de calcos podrían deberse a desarrollos regionales estrictamente latinos, pero, naturalmente también, podrían asimismo deberse, en la hipótesis más económica, a cal-

cos de las lenguas de substrato y es menester, por tanto, consensuar los requisitos metodológicos que puedan hacerse decantar por una u otra posibilidad. En ese sentido otra vez los criterios de densidad y compactibilidad de una isoglosa pueden resultar muy significativos», es decir, los criterios de preferente emergencia de dichos fenómenos en un área compacta que resulte ser la continuación en el tiempo de un área lingüística anterior.

Pero las lenguas ajenas conocen todavía una tercera vía diaglósica para infiltrarse entre las filas enemigas con pocas posibilidades —aunque por lo general algo más que el calco— de ser descubiertas, expediente por el que, otra vez más, ante nuestras propias narices —o, más exactamente, oídos— podemos en realidad tener formas forasteras, testimonios de otra lengua y a veces de otro estadio lingüístico, sin que seamos inmediatamente capaces de reconocerlos; son lo que nosotros —también por mantener la metáfora gráfica— hemos venido denominando *caricatura*. Por ejemplo, con muy pocas dudas un importante contingente de los numerosos ríos *Sec*, *Seco* o similares (*Rioseco*, *Sequillo*...) que encontramos en nuestra Península deben su nombre a una raíz ibérica **sik-* significando 'río' o similar, raíz presente en potamónimos hispánicos tales *Segre*, *Segura*, *Suc[h]* y *Júcar* — *Xúquer* y también en franceses tales probablemente en [*Arriu*] *Sec*, *Segogne*, también *Segre*, *Segrie*, *Segrie Fontaine*, *Seine* (antiguo *Sequanā*), *Sigean* y *Siagne*. Como en este caso, muchas caricaturas nos resultarán reconocibles por su significado absurdo o poco esperable, pero el recurso al criterio del disparate semántico no siempre, por desgracia, estará disponible. Así, la tan alta frecuencia de topónimos indudablemente guanches —baste aducir los herreños *Tejeguete*, *Tejegüete*, *Tejeleita*, *Tejemita*, *Téjena*, *Tejerde* o *Tejina*— comenzando con una base *Tej-* invitan a poner en duda la en principio perfectamente inocua hispanidad de, por ejemplo, los asimismo herreños *Teja*, *Tejada*, *Tejal* o *Tejero*, los cuales podrían remitir tanto a una base hispánica *teja* como incluso a la arbórea del forastero *tejo*, ambas, pues, dos motivaciones muy poco disparatadas y en principio, por tanto, muy poco sospechosas de foraneidad.

Este último apunte nos conduce, siempre en recorrido meramente orientativo, a aludir a otro de los aspectos metodológicamente más relevantes en el caso del estudio de las diaglosias a efectos de reconstrucción lingüística y consistente en señalar un lugar de las lenguas que suele ser terreno abonado para estos fenómenos, lugar —a veces literalmente *lugar*— que suele ser en realidad un auténtico filón diaglósico. Nos referimos a los nombres propios o ciriónimos, de entre los cuales cabe especialmente destacar dos: los antropónimos y, más aún, los nombres genéricamente de lugar o topónimos, los cuales, además, son más útiles con vistas a la reconstrucción por venir generalmente provistos de un significado o más transparente o más alcanzable que los nombres propios de persona, y además por marcar lite-

ralmente un territorio lingüístico, de suerte que el detalle suele ser de enorme ayuda a la hora de identificar la concreta entidad lingüística de la que constituyen sus vestigios. Ya, en efecto, como copias, como calcos o como caricaturas, las pervivencias de lenguas absorbidas suelen ser mucho más frecuentes en ciriónimos —pues, nombres a la fuerza— que en las palabras comunes o cenólogos —pues pueden incluir otras categorías además del nombre. Así, si comparamos, por ejemplo, los lexemas guanches pervividos en ciriónimos con los pervividos en cenólogos «hablaríamos» escrito hubimos en su día «de una proporción entre millares (*Tabanesco, Taburiente, Tacaresco, Tacoronte, Taganana, Taguasinte, Tajaniscaba, Tajase, Tamaduste, Tamuica, Tanajara, Tanganasoga...* por citar sólo formas comenzando con /ta/) y centenares (*tafeña, tajorase, tamarco, teberite, tejuete, toño...* por citar sólo formas comenzando con /t/))». El estudio de los nombres propios, por tanto, suele ser relevador de numerosos elementos de fases lingüísticas muy antiguas —de prelenguas, a veces— y también de otras tradiciones lingüísticas, más antiguas o no, y que se encuentran en fase reconstructiva por su insuficiencia documental. En todo caso, queda como otra vía inexcusable de estudio para el lingüista forense el examen de la antigua música de las pervivencias o diaglosias.

A solas o con ayuda de otros: un tipo lógicamente sospechoso

Una última y cuarta vía de investigación se abre para el especialista que se enfrenta al desafío de reconstruir una entidad lingüística. Lo bueno de esta vía —oral sobre todo pero potencialmente también escrita— es que en principio resulta aplicable a todas las prelenguas y las lenguas del mundo, aplicable, pues, tanto a aquellas [pre]lenguas con muchos otros potenciales *comparanda* como también a las lenguas totalmente aisladas y a las que, por definición, no es aplicable el método comparativo basado en la afinidad cercana. Se trata de la información que pone a nuestra disposición la Tipología lingüística, disciplina que casi como principal cometido se encarga de estudiar y clasificar las características de todas las lenguas. Tanto en su versión sincrónica cuanto en su versión diacrónica —más a menudo olvidada y que, sin embargo, aquí puede interesarnos más— la Tipología nos informa de qué fenómenos están documentados en todas las lenguas con seguridad conocidas, cuáles se dan preferentemente, cuáles más raramente y cuáles no se han encontrado hasta el momento en lengua alguna, además de especificarnos en qué zonas del planeta o en qué grup[úscul]os lingüísticos se concentran los diversos fenómenos. En su caso, la Tipología nos informa también de las implicaciones que conllevan determinados fenómenos. Por ejemplo y para retomar la mencionada categoría del número, las pocas lenguas que poseen un número gramatical trial —es decir, donde hay obligación de presentar una marca morfológica específica cuando el hablante se refiere a un grupo de tres unidades— cuentan regularmente también con

un dual y además unos singular y plural. De hecho, en las lenguas conocidas incluso la presencia del dual sólo se da si en las lenguas comparecen además unos singular y plural. Obvio corolario de este tipo de informaciones es la inverosimilitud de una reconstrucción que proponga, por ejemplo, una entidad lingüística con trial o dual pero sin singular o plural.

Sin duda, de todas las prelenguas la más famosa y estudiada es la indoeuropea, la reputada lengua ancestral de la mayoría de las históricas y actuales lenguas de Europa y también de una significativa parte de Asia. Pues bien, monumental error histórico de la reconstrucción tradicional de la pre-lengua indoeuropea durante estos casi ya dos siglos de estudios ha sido su nulo o parsimoniosísimo sometimiento al control tipológico, de suerte que, como escribíamos recientemente, «el indoeuropeo tradicionalmente reconstruido es [...] una lengua que resulta ser esencialmente o bien la suma de fenómenos sin parangón alguno en lengua histórica conocida —acento *musical*, coeficientes sonánticos, laringales *sui generis* y hasta laringales icon apéndice!, *grados* vocálicos, oclusivas de explosión ¡boom!! silbante, declinación por *temas*, modelo *preflexional*...— o bien la suma de elementos muy raramente documentados —labiovelares y ilabiovelares aspiradas!, serie oclusiva aspirada sonora pero sin su correspondiente serie aspirada sorda, diptongos largos, sonantes vocálicas largas...— o bien la suma de inauditas altas frecuencias de fenómenos —alargamientos morfológicos, alternancias...— o de inusitadas bajas frecuencias o incluso ausencias de fenómenos banalísimos —la vocal /a/, diminutivos, aumentativos, copias...— en suma, una lengua, por tanto, mucho más que única y excepcional». Seguimos, desde luego, resistiéndonos a reconocer verosimilitud alguna en habituales reconstrucciones de raíces indoeuropeas cuales **(H)wtH-t*, **H₂eu-* o **sī-stH₂-nti*.

Además la **vía tipológica** puede suministrarnos informaciones tan variadas como precisas. Así, en un trabajo cuyo título vamos a mencionar por su explícita dialógica relación con el lema de estas jornadas, “En Principio Era el Demostrativo” (*In Principio Era il Dimostrativo*), intentamos mostrar la ancestralidad extraordinaria de esta categoría morfológica y que de modo sorprendente está presente, al parecer, en todas la lenguas conocidas. Además, en las diferentes lenguas el demostrativo acostumbra a presentarse con características morfológicas —como ya se aludió— y también fonológicas particulares, resultando, por ejemplo, muy común que su raíz conste de la básica y *universal* —pues la única presente en todas las lenguas conocidas— estructura con secuencia de consonante más vocal. También, en fin y entre otras peculiaridades llamativas, en muchas lenguas los demostrativos presentan una relación fonosemántica de carácter, por así decir, si-nestésico y por la que, por ejemplo, las vocales agudas se emplean para la referencia próxima y las graves para la distante.

Al lema general de este curso “Al principio fue la palabra” hemos también de modo igualmente explícito respuesto en otros lugares y así, por ejemplo, hemos postulado el carácter ancestral de las *i ante litteram*! categorías morfológicas de imperativo y vocativo. Del primero, entre otras cosas dejamos escrito que «presenta una serie de peculiaridades perfectamente compatibles con la suposición de que está en el núcleo del *uerbum*, es decir, de la palabra [...] el modo imperativo carece de otras categorías morfológicas sí existentes en otros modos y es en general un modo defectivo, así, no presenta ninguna marca de persona o presenta sólo la marca de la II persona [...] la forma más común del imperativo suele consistir en la desnuda base *verbal*, en lo que algunos llamarían *raíz* o *tema puro* sin más. Además la mayoría de los imperativos suelen representar una sencilla y economicísima estructura monosilábica del tipo consonante – vocal (– consonante) [...] Nótese también, como probable rasgo también primógeno, la general incapacidad del imperativo para formar oraciones subordinadas. Otro rasgo glotogónicamente interesante del imperativo por la obvia posibilidad de interpretarlo como primitivo es la tendencia, manifiesta en muchas lenguas, a la omisión de la concordancia, su *indefinición* al respecto [...] También y contra una arraigada creencia, es el económico imperativo —no el indicativo— la forma que con más asiduidad emplean las lenguas para formar compuestos que incluyen formas verbales, como, por ejemplo, nuestros *besamanos*, *rascacielos* o *soplagaitas*».

Del vocativo y en un trabajo titulado “¿De Dónde Viene *Vicente*?” que firmábamos con nuestro colega Alberto MONTANER FRUTOS escribíamos que el vocativo «comparte con el imperativo [...] no sólo una evidente afinidad funcional, sino también una notoria semejanza formal, en el sentido de que ambas formas suelen presentarse como las respectivas raíces nominal y verbal sin más» y concluíamos resaltando «su probable prioridad glotogónica» de suerte que «así como, en última instancia, todos los verbos deben de proceder del imperativo, así también todos los nombres animados acaso deban de proceder, en definitiva, del vocativo». Más recientemente hemos vuelto sobre el tema y al intentar explicar la prohibición —tabú ancestralísimo, pues rastreable en todo el planeta— de mencionar por su *verdadero* nombre seres o entidades potencialmente peligrosos, como notoriamente los muertos, nos hemos acordado del carácter primigenio del vocativo: «bajo la creencia de que los muertos acudirán al escuchar su nombre u otras creencias afines y según las cuales la mera mención de un ser, humano o divino, bueno o malo, equivale directamente a invocarlo ¿qué otra creencia —y creencia de natural lingüístico— puede a su vez subyacer como para justificar tan categórica y ampliamente documentada fe en una automática relación de causa – consecuencia, acción – reacción, nominación – personación? Pues bien, una de esas creencias [...] está basada en un fenómeno

lingüístico que, con pocas dudas, podemos reconstruir hoy con fundamentada convicción, a saber: la prioridad cronológica del vocativo en la categoría de los casos nominales en las diversas lenguas, tal como paralelamente sucede con el imperativo en la categoría de los modos verbales [...] nuestros humanos ancestros comenzaron a hablar con vocativos e imperativos, de modo que mucho antes de aprender a decir "Fulano hace" sólo sabían decir "¡Fulano, haz!" [...] sólo en ese antiquísimo contexto de primacía de la invocación [...] cobra pleno sentido la creencia en que decir "lobo", "espíritu", "muerte" o "divinidad" equivale a decir "¡divinidad!", "¡muerte!", "¡espíritu!" o "¡lobo!" irrespectivamente, equivale, en definitiva, a llamarlos, citarlos y convocarlos».

De algunas posibles aplicaciones para la Lingüística reconstructiva que esta propuesta —de fundamentación tipológica— de ancestralidad de imperativo y vocativo tendrían para la práctica de la reconstrucción lingüística dejaremos aquí sólo cursoria constancia subrayando, por ejemplo, las ya mencionadas regular aparición de imperativos en compuestos nominales o la asimismo regular equivalencia de imperativo y vocativo con los respectivos temas puros verbal y nominal, o bien, en fin, la limitación del vocativo a seres animados o al menos entendidos como animados por los hablantes.

El momento es siempre oportuno para volver a enfatizar la importancia de los dialectos en nuestros estudios reconstructivos, pues, como escribíamos en su día, «a mayor número de lenguas comparadas, tanto más lejos en principio podremos remontarnos en la reconstrucción [...] si no se dispone más que de otra lengua con qué comparar —este sería, por ejemplo, más o menos el caso del vascuence— puede haber grandes dificultades incluso para remontarnos sólo medio milenio por encima de la primera documentación. En cambio, si uno dispone de doscientas lenguas con qué comparar, se puede ir mucho, mucho más atrás en el tiempo [...] en igualdad de condiciones, con 2 lenguas se reconstruye mucho menos que con 200».

En efecto, aunque aquellos español *pie* e inglés *foot* no coinciden en un solo fonema, es el enorme arsenal de términos afines disponibles y concatenados, tanto antiguos cuanto modernos y tanto de forma cuanto significado, lo que nos puede permitir reconstruir una común raíz **pad-* o similar: así, significando 'pie' contamos, entre otros testimonios, con alemán *Fuß*, francés *piéd*, gótico *foṭu* (acusativo), griego *podós* (genitivo), hitita *pada-*, italiano *piède*, latín *pedis* (genitivo), sánscrito *pāṭ*, valenciano *peu*, o aún formas semántica o morfológicamente derivadas cuales lituano *pėda* 'pisada' o polaco *pada* 'cae'.

Algunos, muy pocos, de los también pocos que nos dedicamos preferentemente a la reconstrucción lingüística, creemos que hay motivos para pensar que al menos todas las lenguas que se hablan fuera de África o eventual-

mente todas las lenguas del mundo tengan origen en unas únicas hablas, en una única lengua, una suerte de *lingua una* a la que precisamente nosotros hemos propuesto denominar así: lengua *una*. Hay que decir que cada vez es mayor el acuerdo entre antropólogos, arqueólogos y genetistas en la asunción de que los demás continentes fueron colonizados a partir de un grupo muy pequeño de personas —no llegarían probablemente al centenar— desde las costas del llamado —con perdón— *cuerno* de África. Es difícilmente creíble que esta gente no hablara ya de forma parecida a como lo harían sus descendientes, y es también bastante verosímil que esta gente hablara una única lengua. Ahora bien, la [pre]historia que estamos relatando, sucedió hace al menos 80.000 años, de modo que la cuestión de cómo llegar a reconstruir esta tan importante superprelengua ancestral parece especialmente azarosa, ya que conforme más nos alejemos en el pasado, más difícil será *a priori* y en igualdad de condiciones, nuestra faena reconstructiva. Sin embargo, como escribíamos hace unos años, «en el supuesto de esa *lingua una*, tendríamos un importante motivo para el optimismo, ya que ninguna lengua por reconstruir presentaría mayores posibilidades de éxito que aquella para la que potencialmente sirvieran como material documental todas y cada una de las lenguas humanas de las que se tenga noticia. Ninguna lengua, pues, dispondría de un virtual arsenal de testimonios tamaño como aquella lengua una».

Nuestras últimas reflexiones serán para apuntar la conveniencia del saber combinar —la coctelera agitando— los datos que nos suministre este nuestro particular *quadriuium* para la reconstrucción lingüística, algo que ya en buena medida dependerá sobre todo de la experiencia —que sobre todo de ahí vendrá lo de ser experto— y competencia del lingüista forense. En cada uno de los cuatro protocolos reconstructivos independientemente nuestro arqueoglotólogo deberá aprender a ponderar la fiabilidad y el valor testimonial de los datos que encontrare. Más complicado puede ser aún su cometido a la hora de cuadrar los datos que ofrezcan los diversos objetos de estudio, pues, como es sabido, la Lingüística no es ni puede ser una ciencia exacta, de modo que esta es la primera razón por la que alguna vez podemos encontrarnos con resultados contradictorios o aparentemente contradictorios y muchísimas veces con resultados insuficientes. Daremos tan sólo unas pocas orientaciones.

En los casos de divergencia de resultados, habrá que dar preferencia al directo testimonio escrito, si lo hay, salvo que este testimonio sea muy endeble y abrumadora la contraconvergencia de los otros testimonios. Bastantes cuchufletas se han hecho sobre lo que podríamos reconstruir del latín utilizando exclusivamente el testimonio de las lenguas románicas: saldría con probabilidad un latín sin declinaciones —tortura de tantos estudiantes— sin fonemas como /h/ y con una sola voz, la activa, por ejemplo, mientras que,

siempre desde el exclusivo dominio de las lenguas románicas, muchos llegarían a imaginarse a los romanos *fumando cigarrillos* en las *plazas* y tomando *café* o *coñac* en el *casino* a la salud de sus *presidentes*, ya que todos los términos en cursiva tienen excelente representación en romance, aunque más de la mitad de ellos —*cigarrillos*, *plazas*, *café* y *coñac*— ni siquiera proceden del latín. Así que, yendo ahora a los *consejos* de pura praxis, nos parecen orientaciones suficientemente prudentes las dos siguientes: para el caso de las prelenguas no conviene aceptar nada que no esté suficientemente documentado y en caso de varias opciones igualmente posibles, habrá que dar preferencia a los fenómenos o características documentadas en esa zona o ámbito lingüístico.

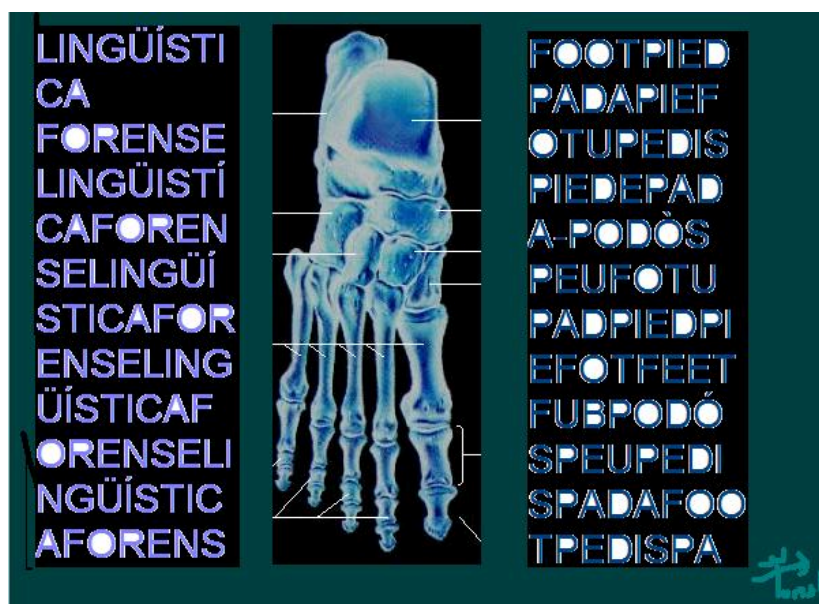
Ya para concluir, fijémonos de modo optimista en los casos de convergencia total o mayoritaria de resultados, que son los menos problemáticos. Un buen ejemplo sería la recuperación de un segmento *asof*[a] ‘fuente’ para el guanche. La forma carece de documentación epigráfica, pero estaría testimoniada como glosa, ya que el antiguo cronista Fray Juan de ABREU GALINDO nos anota el bien cercano pero improbable significado de ‘río’ para una fuente, que él registra como *Acof*, es decir, verosísimamente *Açof*. La forma habría pervivido como diaglosia además de en una herreña *Fuente de Asofa* en otros topónimos, cuales una documentada y también fuente *Taçofote* y seguramente asimismo en el topónimo igualmente herreño *Guarisofa*. La comparación con otras lengua afines arrojaría otrosí resultados convergentes, una vez que formas bereberes conteniendo muy probablemente esa misma raíz cuales *asafi*, *as[s]if*, *asuf*, *tazeft* o *suf* presentan significados afines o compatibles, como ‘río’, ‘canal’ o ‘valle’, con el nuestro de ‘fuente’. También, por último, la Tipología lingüística en su subespecialidad toponímica nos echaría aquí una mano recordándonos a propósito de *Fuente de Asofa*, por un lado, que el llamado *semicalco* o traducción involuntaria y expediente por el que un mismo significado aparece repetido en dos lenguas —tipo *Puente de Alcántara* o *Valle de Arán*— se da con mucha frecuencia en toponimia y, por otra, que la apelación a un referente como ‘fuente’ es frecuentísimo, todo lo cual refrenda[ría] el término y significado propuestos.

En definitiva, estas cuatro vías que proponemos, siempre virtualmente posibles, serán útiles dependiendo, en última instancia, de la competencia del profesional que, llegado el caso, sabrá conjugar la testimonialidad de los cuatro protocolos concediéndole a cada uno la importancia debida o, si es el caso, decisiva; serán útiles, en suma, dependiendo de las concomitantes lógica discursiva, fuerza de persuasión retórica y buena gramática en la expresión de los conceptos con las que sepamos articular nuestra argumentación, del *trium*, en definitiva, de la lógica, retórica y gramática. *ﻻ ﻻ ﻻ

Recibido: 27.10.2009

Aceptado: 10.12.2009

* ﷲ El presente texto reproduce la ponencia de igual título presentada el 21 de octubre de 2009 durante el curso universitario "Al Principio Fue la Palabra. Sobre lenguas antiguas y perdidas" organizado para la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria por los Profesores doctores Maximiano Trapero y Antonio M. Martín, a quienes queremos dejar constancia aquí de nuestra gratitud y reconocimiento. La realización de parte del presente trabajo ha sido posible gracias a una ayuda concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia (FFI2008-01759) al proyecto *Poetæ Latini Minores II*, dirigido por el Dr. José Luis Vidal Pérez de la Universidad de Barcelona.



"Lingüística Forense". Ilustración de Max TURIEL